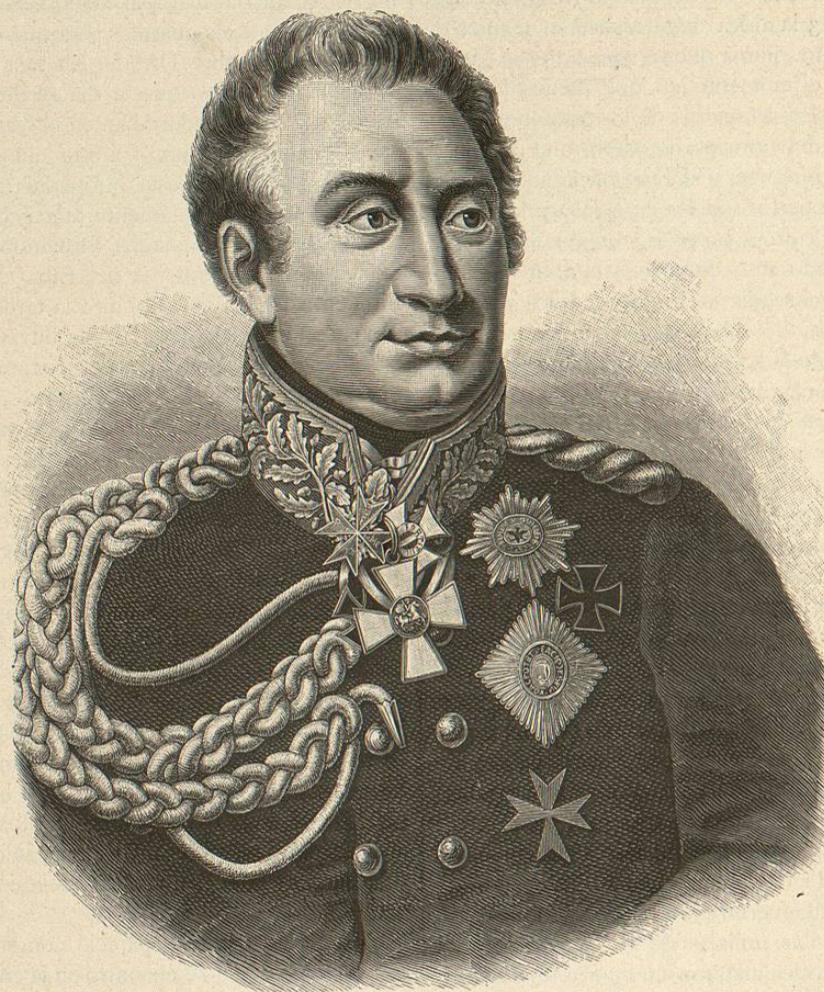


mera division de guardias rusos. Así lo apreció tambien el conde Radetzky, el cual hizo decir al príncipe: «La comunicacion con Bohemia es sagrada para vos;» y no menos el príncipe Schwarzenberg, quien ordenó al general Barclay que ocupara el camino de Teplitz con todo el ejército ruso-prusiano, que se componia de 100,000 hombres. Pero en cambio no lo entendió así Barclay, que comenzó por no obedecer las órdenes de Schwarzenberg dirigiéndose no á Berg-Gieshubel, como le mandaban, sino á la mitad del camino de retirada de los austriacos, y no contento con esto mandó á su vez al príncipe Eugenio que abandonara el camino de Teplitz y le siguiera por Maxen y Dippoldiswalde. El príncipe



Kleist de Nollendorf. - De una litografía de Loeillot de Mars

los últimos combates aceptaron esta lucha, no fué por el inminente peligro que para el ejército principal significaba el que Vandamme llegara á Teplitz antes de haber él podido salir de los difíciles desfiladeros del Erzgebirge. El conde Ostermann habia recibido en la mañana del 29 en Kulm una carta del rey Federico Guillermo, que habia llegado el día antes á Teplitz, en la cual decia «que debia sostenerse á todo trance para asegurar la retirada por aquellas gargantas al ejército, que todavia estaba luchando con los grandes obstáculos de la montaña.» Federico Guillermo fué tambien el que durante la batalla de Kulm mostró infatigable actividad para enviar á los rusos socorros á medida que iban descendiendo tropas por la montaña: de él partió la orden expedida al general Kleist para que con todo su cuerpo de ejército se dirigiera á Nollendorf para desde allí caer sobre la retaguardia de los franceses, idea que ya se le habia ocurrido á Kleist y á Grolman, su jefe de Estado Mayor, y cuya rápida ejecucion decidió la batalla del 30 de agosto.

Eugenio, sin embargo, consideró «sagrada la comunicacion con Bohemia» y convenció al conde Ostermann, que le habia sido enviado como general en jefe, y al general Yermoloff, que mandaba á los guardias, de la necesidad de no abandonar el camino de Teplitz, costara lo que costara, como así se hizo: 20,000 rusos seguidos de 40,000 franceses, luchando de continuo, retrocediendo lentamente subieron hácia Peterswalde y Nollendorf y desde allí descendieron hasta Kulm, donde cerca de las aldeas de Straden y Priesten presentaron á Vandamme, con valor sin ejemplo, una batalla que fué de los mas felices resultados.

Si á pesar de su inferioridad numérica y del cansancio de

Cuando en la mañana del 30 Vandamme quiso atacar de nuevo á los rusos en la aldea de Priesten, éstos habian sido reforzados por los austriacos de las divisiones Coloredo y Bianchi, por dos divisiones de guardias rusos y por varios pequeños destacamentos, formando un total de 50,000 hombres, y cuando el general francés oyó, á cosa de las diez, cañonazos á su espalda, se encontró con que los disparos no procedian de las guardias ó de las tropas de Saint-Cyr, como él esperaba, sino de los prusianos de Kleist, cuya aparicion completó el círculo en que estaba encerrado. Con un arrojo que la desesperacion le sugeria dejó á toda su artillería que hiciera frente á los rusos y á los austriacos, para tratar él de abrirse paso al arma blanca por entre los prusianos, con los cuales trabó terrible lucha. Una parte de la caballería francesa logró realmente pasar al través de las filas enemigas, pero el final de la lucha fué una derrota completa: todo el cuerpo de ejército quedó destrozado, disperso, prisionero, y el mismo Vandamme cayó en poder de los vencedores, los

cuales recibieron en el campo de batalla las noticias de las victorias de Grossbeeren, Hageberg y del Katzbach.

## CAPITULO V

### BATALLAS DE PUEBLOS Y FIN DEL IMPERIO UNIVERSAL

En la noche del 10 al 11 de agosto encendiéronse hogueras en las montañas que se alzaban alrededor de Praga, y estos fuegos encendidos de montaña en montaña transmitieron al ejército acantonado en Silesia la noticia de la terminacion del congreso y la continuacion de la guerra. El día 11 el general Blucher recibió en su cuartel general de Reichenbach, de manos del general Barclay de Tolly, las órdenes en virtud de las cuales los monarcas aliados determinaban la parte que con el ejército de Silesia habia de tomar en la ejecucion del plan de guerra de Trachenberg. Las instrucciones á él destinadas estaban perfectamente meditadas y expuestas con mucha claridad, pero eran de muy difícil cumplimiento para cualquier general, y mas que para ninguno, para él. El ejército de Silesia debia avanzar sobre el enemigo, pero no atacarle, sino simplemente vigilarle, llegar al mismo tiempo que él en el caso de que quisiera arrojarse sobre el ejército principal, evitar todo combate decisivo y no aceptar ninguna batalla cuando se viera atacado por el adversario. El general Blucher meneó la cabeza al leer esto; Barclay le manifestó que la idea fundamental de todo el plan era que solo el gran ejército tomara la ofensiva y avanzara por Bohemia hácia Teplitz. En su consecuencia, el ejército de Silesia debia retirarse cuando el enemigo quisiera atacarle, atrayéndole de esta suerte al interior de Silesia, movimiento que favorecería el avance del gran ejército; pero en el momento en que el enemigo volviera atrás para arrojarse sobre éste, el ejército de Silesia habia de ponerse sin pérdida de tiempo en su seguimiento. «En suma, lo capital era no dejarse derrotar y llegar á tiempo á la gran batalla general del Elba.»

El general Blucher contestó que esta tarea era superior á sus fuerzas, pues nunca habian sido su fuerte las artes de un Fabio y que otro cualquiera desempeñaria mejor que él este cometido, ya que él no entendia en otra cosa mas que en lanzarse á la pelea. Añadió que agradecia la confianza que en él depositaban los soberanos, pero que se veía en la necesidad de rechazar un mando que le obligaba á mantenerse tan á la defensiva. El general Barclay y el general Diebitsch, su jefe de Estado Mayor general, que estaba presente, le manifestaron que no debia tomar la orden tan al pie de la letra, pues el que mandaba un ejército de 100,000 hombres no podia estar reducido en absoluto á una actitud defensiva, no existiendo inconveniente alguno en que cuando se le presentara una ocasion propicia atacara y derrotara al enemigo.

Esta interpretacion satisfizo á Blucher, el cual pidió que á sus instrucciones se agregara por escrito un apéndice en este sentido, y habiéndole contestado Barclay que era imposible, porque la instruccion habia sido aprobada por los soberanos tal como iba redactada, dijo para terminar: que aceptaba el mando supremo con la condicion de que podria atacar al enemigo cuándo y dónde lo creyera necesario, añadiendo que Barclay diera cuenta á los monarcas de aquella declaracion y que si éstos no coincidían con sus apreciaciones le señalaran, en su sabiduría, otro puesto (1).

Como á esta declaracion no siguió rectificacion alguna, Blucher consideró que su salvedad habia sido aceptada y desempeñó su mando con espíritu de completa independencia.

(1) Muffling: *Para la historia de la guerra de los años 1813 y 1814* (Berlín y Posen, 1824), tomo I, págs. 1-3.

Blucher debió este mando en jefe, cuyo admirable desempeño debia colocarle en el número de los héroes de la historia, á la decidida intercesion de un hombre que poseía un golpe de vista infalible para todo aquello que constituye las cualidades del verdadero guerrero y que nunca hubiera sido amigo y admirador suyo si en medio de la ruina del antiguo ejército no hubiese visto en él la imagen de una natu-



Estatua de Blucher en Berlín (obra de Cristian Rauch)

raleza verdaderamente militar dotada por Dios de relevantes prendas. «Sois nuestro jefe y nuestro héroe y debiais presentarnos en litera delante y detrás de nosotros: solo donde estais vos, están la energía y la suerte (2).» En estos términos escribia Scharnhorst, en agosto de 1808, á su enfermo amigo Blucher, resumiendo en estas palabras todo cuanto sabia y esperaba de aquel hombre desde que le habia visto obrar.

(2) Blassendorf: *G. L. de Blucher*, Berlín, 1887, pág. 137.

El oficial mas experto del ejército prusiano se entusiasmaba por el guerrero menos instruido del mismo ejército y cuenta que en los juicios que Scharnhorst formaba sobre el valor de los hombres y las condiciones de los militares para nada entraban la simpatía ni la antipatía nacional. Scharnhorst, al proponer en febrero de 1812 en Breslau un caudillo para el nuevo ejército, mas bien suponía que sabía, mas bien podía profetizar que demostrar las raras dotes que adornaban al anciano Blucher. Este, que á la sazón contaba setenta años (1) y que vivía como un simple particular en Breslau (2), era por unos considerado como hombre «viejo, enfermo y brusco» que ya había acabado de representar su papel, y por otros como un húsar de carácter violento «que tenía un elefante en el cuerpo» y que con su ciega brusquedad y con sus violentos ímpetus no dejaría de malograrlo todo, en el caso de haber álguien tan loco que le confiara un mando. Únicamente Scharnhorst pudo imponer silencio á estas habladurías diciendo: «Afirmo que Blucher ha de mandar, aunque tuviera en su cuerpo cien elefantes.» Parece estarle oyendo cuando se lee la carta autógrafa que, en 28 de febrero, dirigió Federico Guillermo á Blucher: «He decidido confiaros un mando sobre las tropas que ahora entrarán por vez primera en campaña y os encargo que vos mismo las movilicéis lo mas rápidamente posible. La importante misión que se os confía os convencerá de la confianza que me inspiran vuestra experiencia militar y vuestro patriotismo y estoy seguro de que correspondereis por completo á ella dando así ocasion á que yo y la patria os manifestemos nuestro especial agradecimiento (3).»

Durante la campaña de primavera, Blucher estuvo sometido á las órdenes de los rusos, pero en la de otoño estuvo al frente de un ejército propio. A un ilustre oficial que durante ella le acompaña, en calidad de jefe de Estado Mayor general, desde el Katzbach hasta Paris, debemos un retrato suyo que hemos de transcribir íntegro. «Dotado de inteligencia clara y penetrante, carecía de toda educación científica; pero en el trato de gentes, su facilidad en acomodarse á las circunstancias, la energía mostrada en todas ocasiones y el gran tacto con que se conducía unidas á su inextinguible buen humor y á su modo de ser sencillo y bondadoso, le conquistaron amigos en todas partes. Nunca se burló de la ciencia, pero tampoco nunca exageró su valor. Hablaba sin reparo de lo descuidada que había sido su educación, pero sabía muy bien lo que á pesar de esta falta era capaz de hacer. Su intrepidez en las situaciones difíciles, su perseverancia en el infortunio y su valor que aumentaba á medida que crecían las dificultades, se fundaban en el convencimiento de su fuerza

(1) Había nacido en Rostock en 16 de diciembre de 1742.

(2) Allí le conoció, en 1812, E. M. Arndt, el cual, hablando de él, se expresa en los términos siguientes: «A pesar de sus años, tenía una hermosa figura: era robusto y esbelto; sus miembros, desde la cabeza á los piés, eran hermosos, bien proporcionados; sus brazos, piernas y muslos eran recios y de muy marcados contornos. Pero lo que mas asombro causaba era su rostro: aparecían en él dos regiones distintas, cuyos colores no cambiaban en las bromas que, en su humor jovial y soldadesco, usaba con todos: la frente, la nariz y los ojos podían servir de vivienda á los dioses; su barba y su boca eran morada de vulgares mortales. En la región superior se reflejaban no solo la belleza y la elevación de espíritu sino también una melancolía que, á causa del color azul marino oscuro de sus ojos, podría llamar melancolía de mar, pues si bien los ojos sabían moverse y animarse alegremente, á menudo se oscurecían, reflejando de repente una seriedad y una cólera terribles.—La boca y la barba tenían una expresión muy distinta, aun cuando se armonizaban en su forma externa con los rasgos superiores de la fisonomía: en ellos se concentraba siempre la astucia del húsar, que en cierto modo llegaba también hasta los ojos, y algo como de la comadreja que espía con impaciencia su presa.»

(3) Blassendorf, págs. 182-183.

corporal, tantas veces puesta á prueba en anteriores campañas y combates. Habíase ido convenciendo poco á poco de que no hay apuro militar alguno del cual no pueda salirse entablando en último término una lucha cuerpo á cuerpo. No conceptuaba en mucho á los oficiales que no participaban de esta opinión. En su sentir, el valor bastaba para dar fama militar, pareciéndole imposible que un valiente la perdiera. Nunca creyó que una retirada ó una batalla perdida pudiera arrebatarle la suya. Por esto no había codiciado jamás el mando de grandes ejércitos, poniéndose, como feld-mariscal, con el mismo gusto al frente de un escuadrón que al frente de un regimiento. No ponía su confianza en los oficiales que con él iban mas que cuando los creía emprendedores, pero cuando les había considerado dignos de ella, se la otorgaba incondicional. Dejaba que le expusieran sus proyectos de marchas, posiciones y batallas, de los cuales se hacía cargo muy pronto, y en cuanto los había aprobado y firmado la orden oportuna, no admitía consejo de nadie y los mayores temores no hacían ninguna mella en su ánimo. Aprobada por él una idea de otro, la llevaba á cabo de la misma manera que si hubiese sido suya propia.»

Basta saber del anciano Blucher lo que en estos párrafos de Muffling se consigna (4), para comprender lo que en él entusiasmaba á Scharnhorst, á saber: la fortaleza de alma que crece con la magnitud del objeto, del sacrificio y del peligro, el valor varonil no debilitado por el escepticismo ni por el miedo á los hombres: Scharnhorst aseguraba que no había encontrado mas que dos hombres completamente exentos del temor al hombre, que eran Stein y Blucher. En éste existía una gran dosis de espíritu práctico que no se adquiere en los libros y que en cambio puede perderse en el trato con éstos. La clase de ciencia que Blucher miraba con desdeno nada hubiera proporcionado á este militar que hubiese podido elevarle á general, pues lo que se llamaba el arte de maniobrar entre dos puntos estratégicos era la ciencia de la inacción, la ciencia de no pelear nunca. Pero la ciencia en que Scharnhorst era maestro, admiraba en Blucher las cualidades inapreciables que constituyen la verdadera ciencia y la fortifican, y que no pueden ser reemplazadas ni transferidas. Estas cualidades aparecían ennoblecidas en Blucher por un idealismo de la voluntad y del sentimiento que era mucho mas poderoso que toda la viveza de escuela y de corporación. Muffling, hablando de Blucher, dice: «Sabía animar oportunamente al ejército prusiano y hacerle sensible á los elevados ideales. El amor á la patria, á la dinastía indígena, á la religión y á la gloria nacional elevan el alma del soldado, le fortalecen en los momentos de prueba y le ennoblecen cuando, como vencedor y disponiendo de gran poderío, inspira su conducta en las impresiones que le prepararon para la victoria.» El anciano Blucher tenía el entusiasmo que convierte al jóven en héroe y al viejo en jóven, entusiasmo compuesto de ardiente amor al rey y al pueblo, á la libertad y á la patria, de santa cólera ante la opresión extranjera y la debilidad nacional y de una fe inquebrantable en el porvenir de la causa justa á la cual tarde ó temprano no puede faltar un glorioso triunfo. Las cartas por Blucher escritas durante la dominación extranjera deben ser leídas con atención por todos los que quieran ver cómo el alma popular no falseada se temple y se reanima en la desgracia. En medio de las voces de la naturaleza que nos permiten reproducir en su primitiva explosión las lágrimas de cólera, las contracciones de puños y los crujidos de dientes de los patriotas, aquellas cartas reflejan el acento de la convicción y de la confianza en mejores

(4) En el prefacio de su antes citada obra: *Para la historia militar de los años 1813 y 1814*, tomo I, págs. VI-VIII.

días y nos demuestran hasta qué punto la facultad de no sentirse vencido puede dar fuerza para no serlo. Volviendo su vista á los días terribles de la retirada general, desde Nordhausen hasta Lubeck, escribía Scharnhorst en 11 de noviembre de 1806, profundamente conmovido, respecto de Blucher: «Nunca se ha creado una amistad y una confianza mas íntimas que la que media entre este hombre noble y valeroso y yo. Nosotros dos éramos los únicos que estábamos siempre de buen humor, aun en los momentos mas apurados: nunca surgió entre ambos la mas pequeña disidencia, nunca hubo la menor diferencia entre nuestros sentimientos: éramos una sola alma, un solo pensamiento, una sola voluntad (1).»

«Siempre de buen humor, aun en los momentos mas apurados!» sublime frase en la cual se refleja el alma de un héroe. Despues de firmada la paz de Tilsit, escribía Blucher á Hardenberg: «Vuestra carta me cuesta ardientes lágrimas. ¿Qué será de nosotros?—¡Vaya al infierno el señor de Kalkeuth con su paz! Es una paz vergonzosa. Si no confiara aun en otras cosas, al momento dimitiría; pero debo confesaros, ilustre amigo, que el valor todavía no me ha abandonado.—El valor alemán está solamente dormido: su despertar será terrible. Así es seguro que no ha de quedar esto (2).» Una confianza de esta clase presuponia un desprecio del poder del enemigo y una exageración atrevida de sus propias fuerzas: una y otra cualidad estaban en alto grado desarrolladas en Blucher. Que Napoleón «había de sucumbir», que él contribuiría á su caída y que no moriría sin haber conseguido su intento, eran para él cosas tan ciertas como la tabla de multiplicar, llegando hasta considerar como hombre de flaco entendimiento y como traidor á todo el que creía en la posibilidad de que «aquella gavilla de pícaros franceses» con su acompañamiento de «haraganes» y de «comisarios de seguridad» se mantuviera firme. Desde la primavera de 1808, desde que había estallado en España la insurrección, su pecho ardía como un volcán: una y otra vez acosaba al rey para que se lanzara á la lucha sin reparar en el número de sus enemigos diciéndole que la suerte ayuda á los audaces y que la Alemania entera no esperaba mas que su ejemplo. Hacía gracia al rey la impaciencia de su anciano guerrero mientras solo se manifestaba en sus cartas, y en 20 de mayo de 1809 le ascendió á general de caballería, pero no se dejaba imponer la política por aquel húsar, en vista de lo cual Blucher escribió en 6 de julio á su amigo Gneisenau: «El rey no toma ningun partido y nosotros nada hacemos por romper nuestras cadenas; pues bien, que lo aguante quien quiera, yo no. Yo lo he sacrificado todo al Estado y lo abandono tal como se sale del mundo, es decir pobre, desnudo y desamparado, pero mi valor no conoce límites (3).» La certeza de que á pesar de todos los desastres y de todos los desalientos vendría el incendio universal porque «del cielo llueven la pez y el azufre (4)» despejaba las nubes que en su horizonte amontonaban el despecho y el mal humor y en definitiva estuvo en lo cierto. El día 5 de enero de 1813, saludó Blucher con estas palabras: «Tengo comezon en todos los dedos por empuñar el sable. Si ahora S. M. nuestro rey y todos los demás príncipes alemanes y toda la nación no se deciden á extirpar del suelo alemán toda esa cáfila de bribones franceses con el Bonaparte y todos sus secuaces, paréceme que ningun alemán será ya digno de llamarse tal. Ahora vuelve á ser tiempo de hacer lo que ya en el año 9 aconsejé, á saber: llamar á toda la nación á las armas, y si los príncipes no lo

quieren y se oponen á ello, arrojarlos también de sus tronos con Bonaparte. No es solo Prusia sino toda la patria alemana la que debe ser redimida y la nación restaurada (5).»

Cuando este hombre se puso al frente del ejército de Silesia nuevamente formado, teniendo por jefe de Estado Mayor á Scharnhorst y por segundo jefe á Gneisenau, habíase establecido allí un cuartel general que se consideraba como el núcleo tangible de todas las fuerzas impulsoras del renacimiento del pueblo prusiano y de la independencia alemana; como el compendio corpóreo y visible de todos los poderes morales que invisiblemente habían resistido á la dominación extranjera y que á la sazón eran garantía del triunfo en la guerra de liberación. Uno de los doctores que figuraban en el cuartel general de Blucher era Enrique Steffens, el profesor de Breslau á quien ya conocemos (6) y que dice en sus memorias (7): «Desde que en la atrevida acción de Lubeck sucumbió luchando heroicamente mientras tantos comandantes presa de un terror pánico emprendían la fuga, Blucher se hizo, por su persona admirablemente poderosa, el hombre del pueblo: á su nombre se unía una esperanza vaga é indeterminada pero profunda.—Todo cuanto en los actuales momentos haya de ser grande en la historia, tiene que comenzar por encarnarse en una persona poderosa: ésta, considerada aisladamente, no es nada, si se quiere, y sin embargo sería muy injusto querer negarle su propia grandeza interna por la única razón de que no puede ser concebida sola. Blucher era uno de estos hombres, un anciano en quien vivían los antiguos recuerdos del ejército prusiano tanto como el ardiente entusiasmo actual. En medio de las tinieblas que el oprobio arrojaba sobre el ejército y la mas horrible miseria sobre el pueblo, no brilló por su estrategia, pero brilló por su valor asombroso que, fortalecido por la pericia militar adquirida, hizo nacer en él un odio exaltado. Cuando todo parecía derruido, él era la única bandera del ejército que todavía no había sido abatida, que aun tremolaba: sabía que había de ser sostenido para llegar á ser por completo lo que únicamente él podía ser, y aparecía ahora como la forma poética de la época mas importante, semejante á una fábula en cuya posibilidad no hubiera podido creerse en el mas reciente tiempo pasado: tal era el «¡adelante!» que aparecía como la forma perfecta en los largos tiempos de la opresión, llevando la vida en sí misma, fuerte por la sabiduría política y por el arte guerrero: su alma era el espíritu mas noble y mas independiente de Alemania.»

El poder mágico que Blucher ejercía en el ánimo de los sabios era otro de los testimonios de la grandeza peculiar de este hombre, que comprendía perfectamente lo que valía su entusiasta cooperación. A un poeta que quería imprimir versos guerreros y patrióticos le dijo: «¡Es preciso cantar siempre! Esto contribuye á enardecer á la gente. Ahora todos han de cantar lo que en su corazón sientan, los unos con el pico, los otros con el sable (8).»

El sentimiento de que le estaba encomendada una misión especial manifestábase en él por una confianza en Dios que le hacía despreciar con apacible calma la muerte y los peligros. Siempre llevaba consigo su libro de oraciones: nunca se olvidaba de sus rezos de la mañana y de la tarde y nunca dejaba de invocar, cuando entraba en acción, la protección del Todopoderoso, en quien tenía una confianza inquebrantable. Nunca, ni aun en medio del fuego mas terrible, se le ocurrió la idea de que una bala podía matarle como á cualquier otro, y aunque de otra manera hubiera sido—decía en

(1) Wigger: *Historia de la familia de Blucher*, Schwerin, 1878, tomo II, pág. 333.

(2) Wigger, tomo II, pág. 347.

(3) Wigger, tomo II, pág. 362.

(4) Wigger, tomo II, pág. 371.

(5) Wigger, tomo II, pág. 397.

(6) Véase anteriormente.

(7) *Lo que he visto durante mi vida*, tomo VII, pág. 141.

(8) Wigger, pág. 404.